

Naciones alternativas en *El Paraíso del Diablo* de Alberto Montezuma y *Perdido en el Amazonas* de Germán Castro¹ *Alternatives nations in The Paradise of the Devil of Alberto Montezuma and Lost in the Amazon of German Castro*

Alexis Uscátegui Narváez²
Universidad Mariana, Colombia

DOI: <http://dx.doi.org/10.15648/am.30.2017.3>

RESUMEN

El presente texto propone una reflexión crítica en dos novelas colombianas de corte amazónico, *El paraíso del Diablo* (1966) de Alberto Montezuma y *Perdido en el Amazonas* (1978) de Germán Castro. Nos interesa leer estas obras desde la categoría de nación, puesto que, dichas obras en mención, desde sus contenidos metafóricos, enuncian de manera alternativa otra forma de pensar y construir los estados nacionales. Asimismo, las novelas abordadas en el presente estudio, comparten implícitamente la hipótesis, de que el “cuerpo amazónico”, es suprimido al borde del exterminio y, quizá la Amazonía, también es un cuerpo verde que ha sido excluido dentro de los proyectos de la nación.

Palabras clave: Novela, Nación, Alternativa, Amazonía, Selva.

ABSTRACT

The present text proposes a critical reflection in two Colombian novels of Amazonian court, the *Paradise of the Devil* (1966) of Alberto Montezuma and *Perdido in the Amazon* (1978) of German Castro. We are interested in reading these works from the category of nation, since such works in mention from their metaphorical contents, alternatively state another way of thinking and building national states. Likewise, the novels dealt with in the present study implicitly share the hypothesis that the “Amazonian body” is suppressed on the brink of extermination and, perhaps the Amazon, is also a “green body” that has been excluded from the projects nation.

Keywords: Novel, Nation, Alternative, Amazon, Jungle.



Cita de este artículo (APA): Uscátegui, A. (2017). Naciones alternativas en *El Paraíso del Diablo* de Alberto Montezuma y *Perdido en el Amazonas* de Germán Castro. *Amauta*, 15(39), 29-42. <http://doi.org/10.15648/am.30.2017.3>

Recibido: Enero 24 de 2017

Aceptado: Abril 5 de 2017

- 1 Artículo derivado de la investigación profesoral: “Alternativas escriturales amazónicas en *El corazón de la América virgen* (1924) de Julio Quiñones y *El paraíso del Diablo* (1966) de Alberto Montezuma”, financiada por la Universidad Mariana, Colombia.
- 2 Ph.D. Doctorando en Literatura Latinoamérica, Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador. Docente de Literatura, Universidad Mariana, Colombia. auscategui@umariana.edu.co

Introducción

Al revisar el panorama novelístico en Latinoamérica, se pueden hallar diversas propuestas alternas que vindican la reconfiguración de un estado nacional, entre ellos, la novela amazónica funge como una contrarrepresentación ante la literatura oficial y su excluyente historicidad. Lamentablemente, la crítica literaria y sus intereses por establecer cánones, no se ha interesado por este tipo de narrativas; es decir, las estéticas que representan la selva parecen ser un objeto de escaso estudio; no obstante, las culturas nativas vistas desde la heterogeneidad literaria también promueven la formación de los proyectos nacionales a través de sus propios imaginarios atávicos.

Ahora bien, con respecto al campo novelístico en Colombia, tampoco existe un discurso crítico que permita focalizar los elementos heterogéneos de la literatura nacional; en este marco, las novelas de corte amazónico también han sido excluidas por el esteticismo literario y solamente *La vorágine* (1924) de José Eustasio Rivera figura como la novela de la selva más representativa por su brutal trama, donde la fuerza telúrica rinde cuentas ante el hombre foráneo. Lastimosamente los aportes literarios de otras obras como *El Paraíso del Diablo* (1966) de Alberto Montezuma Hurtado y *Perdido en el Amazonas* (1978) de Germán Castro Caycedo, cuyos contenidos

ostentan la misma importancia que la narrativa riveriana, no han sido suficientemente estudiadas y aún se desconoce sus verdaderos aportes temáticos, que sin duda pueden reconocerse como un lugar de enunciación clave para repensar los proyectos de los estados nacionales.

En esta perspectiva, la importancia de estudiar las anteriores novelas como *corpus*, se debe a que sus contenidos amazónicos enuncian metafóricamente la posibilidad de construir una nación diferente a la propuesta por el Estado nacional, porque:

Estudiar la nación a través de su narrativa no implica centrar la atención meramente en su lenguaje y su retórica; también apunta a modificar el objeto conceptual mismo. Si el cierre de la textualidad es problemático por cuanto cuestiona la “totalización” de la cultura nacional, entonces su valor positivo reside en que pone de manifiesto la amplia diversidad a través de la cual construimos el campo de significación y símbolos que se vinculan con la vida nacional. (Bhabha, 2010, pp.13-14)

Siguiendo con lo mencionado arriba, la literatura también puede ofrecer una imagen de lo que han sido los proyectos nacionales, por tanto, las presentes novelas como objeto de estudio, funcionan como un discurso que interpela el carácter estatal que busca

establecer una sola cultura hegemónica, pues como dice Stuart Hall, “una nación no es solamente una entidad política sino algo que produce significados, *un sistema de representación cultural*” (2013, p.391), de este modo, dicho *corpus* novelístico vindica la representación de las masas nativas, permitiendo entender que el espacio selvático es un lugar esencial dentro de la extensiva diversidad nacional.

El deseo de proyectar la Amazonia y sus valores epistémicos (conocimientos ancestrales) por parte de los novelistas, es una alternativa adicional para repensar la nación y legitimar la diversidad tribal. Estas novelas son importantes porque presentan a la nación colombiana y otras naciones, modelos de cultura amazónica, ya que la selva como preocupación literaria también puede reconfigurarla, porque además proponen que las nacionalidades deben pasar por la selva antes de su consolidación. Por tal razón, los autores por medio de los personajes la hacen hablar, ya que en la realidad los indígenas parecían no tener voz para manifestar sus costumbres, por ello es importante recordar que “la identidad está dentro del discurso, dentro de la representación” (Hall, 2013, p.353).

En suma, las novelas amazónicas que hacen parte de este *corpus*, contemplan una lucha latente por el reconocimiento de la diversidad y sus múltiples posibilidades de pensamiento intelectual, aquel que se concibe a

partir de la utilización de las plantas sagradas como la harina de coca, la miel de tabaco, el cazabe y el yagé; instrumentos selváticos clave para entender el mundo desde una perspectiva de inclusión social muy diferente con la que el Estado colombiano ejerce soberanía. De esta forma, a continuación es dable presentar las características particulares del presente objeto novelístico, el cual, compartirá un diálogo categórico con la noción de Estado-nacional como principal tema en cuestión. Asimismo, dicho *corpus* facilitará una discusión con principales conceptos teóricos con el fin de proponer una serie de hipótesis crítico-literarias.

El imperio cauchero y el desprendimiento del cuerpo amazónico de la nación

El paraíso del Diablo (1966), novela en la cual se desarrolla el tema de la explotación cauchera en selvas colombianas, en primeras líneas, su autor se apoya del recurso testimonial para narrar este tipo de sucesos como una suerte de homogenización cultural, donde la empresa de César Arana se encuentra eliminando a los nativos amazónicos, desprendiéndolos de su territorio sagrado. El escritor Alberto Montezuma en esta obra presenta a los indígenas huitotos dentro de un arrasador etnocidio cauchero, donde la ineficaz lucha del indígena ante el imperio del látex causa como único destino muertes brutales. No obstante,

al final de la novela hay una especie de rito que funciona como rebelión, donde los nativos logran vengarse de los capataces de Arana alcanzando la libertad.

La experiencia selvática adquirida por el protagonista durante siete años, permitió conocer el tipo de nación que se pretendía formar en la Amazonia colombiana, una nación uniforme, donde la cultura dominante del caucho subsumía la cultura y los cuerpos de los nativos. Una nación donde todo el mundo quería trabajar para la *Peruvian Amazon Company* sin medir las consecuencias de que podían convertirse en subalternos de aquel circuito económico cauchero; “el mundo entero está representado aquí: hay ingleses, hindúes, franceses y chinos, y de cuando en cuando se aparece algún alemán” (Montezuma, 1966, p.152).

De similar forma, la novela del escritor colombiano permite, en cierto modo, reconfigurar las fronteras nacionales que durante los primeros decenios del siglo XX se formaron entre la disputa territorial de Colombia y Perú, así como también repensar la cultura nacional que se estaba fundando, pero no desde una perspectiva panóptica del Estado, sino con la posibilidad de conformar una cultura más diversa. No obstante, la nación que el peruano César Arana intentó crear en la selva, fue un imperio donde el salvajismo, las mutilaciones, las flagelaciones y el

fusilamiento fueron los únicos mecanismos brutales que se utilizaron para civilizar a los nativos:

Por lo menos en el Ecuador, donde he estado los últimos años, una vez derrotada la revolución, se habla mucho de las crueldades de sus empleados en el Putumayo, señor don Julio Arana; se comentan con asombro y con espanto las terribles ocurrencias del Paraíso del Diablo y hay beatas que se santiguan cuando oyen pronunciar su nombre. Usted es el centro único de la más negra popularidad, y si las beatas se hacen la señal de la cruz al oír su nombre, seguramente no lo harían si oyeran hablar a don Abel Alarco, del barón de Souza Deiro, del francés Bonduce y de ciertos ingleses notables y sin duda civilizados, que son sus socios y que son tan responsables de la explotación de las caucheras como usted. (Montezuma, 1966, p.30)

La novela también permite reflexionar que los nativos son máquinas de trabajo, objetos industriales, puesto que si “suben los costos, el mercado convulsiona, los indígenas fallan en sus compromisos, la calidad desmejora, qué sé yo, y sobre lo que representa un formidable esfuerzo industrial, una titánica organización en provecho del mundo” (Montezuma, 1966, p.33). Esto se debe a que las naciones que han formado imperios, en este caso el

del caucho, siempre estarán “ejerciendo hegemonía cultural sobre las culturas de los colonizados” (Hall, 2013, p.396). De igual manera, se puede decir que el indígena es estigmatizado como un ser salvaje que no tiene qué aportar a la cultura nacional, dicho aspecto se puede evidenciar cuando el protagonista de la novela tiene una conversación con César Arana:

Lo que no sería justo ni exigible es que asumiera la responsabilidad de cada uno de los actos de los capataces de la selva, hundidos en ella y en su terror, y que no sólo se defienden de la selva y de su terror, sino del indio, que también es un elemento sin ley y sin entrañas. Ya verá usted, Pascual Chaves, y ya se dará cuenta de que mientras el blanco no se imponga definitivamente no va a ser posible derrotar a la selva y a los animales humanos o no que la habitan. (Montezuma, 1966, p.34)

La ilusión que tiene Pascual respecto al haber encontrado una selva incólume a lo largo de su experiencia selvática se convierte en una utopía, puesto que si bien la gigantesca floresta es un lugar donde reina la vegetación, también es un lugar peligroso donde alberga la muerte, es decir, este lugar se iba a convertir en un infierno de explotación y sangre para sus habitantes nativos y donde Julio César Arana representaría al mismo diablo, pues como expresa Stuart Hall (2013), “las

culturas nacionales construyen identidades a través de producir significados sobre la ‘nación’ que podemos *identificar*; estos están contenidos en las historias que se cuentan sobre ella, las memorias que conectan su presente con su pasado, y las imágenes que de ella se construyen” (2013, p.392).

A partir del siguiente fragmento, se empieza a describir la principal imagen de construcción de nación que se quería formar en aquella época, pues el protagonista de la novela empieza a conocer a los más crueles capataces y socios de la Casa Arana, quienes se encargaban de garantizar los envíos de buques llenos de caucho a Londres. Así pues, en estos trajinares por la jungla, Pascual comienza a descubrir las verdades que se ocultan en este territorio:

Entré en la selva y en sus incontenibles manifestaciones vegetales, al mismo tiempo que en el terrorífico imperio del caucho, leche de árbol que parece exigir para ser completamente útil una adecuada mezcla de sangre humana, por lo menos de sangre indígena, de la que muchos empresarios audaces y rudos, al estilo de los conquistadores españoles, apreciaron como sangre barata, que podría correr como corren las aguas sucias en las alcantarillas de la tierra. (Montezuma, 1966, p.52)

En esta óptica, se puede entender que

Montezuma denomina a su novela “El Paraíso del Diablo” con el fin de dar a conocer que en la Amazonía colombiana, no solo se estaba cometiendo un etnocidio con los indígenas huitotos, sino también un ecocidio en exceso, “los árboles del caucho son un poco como los indios, pueden acabarse definitivamente si siguen atropellados como ahora” (Montezuma, 1966, p.59). De este modo, el contenido de la presente novela se sumaría a los informes de denuncia que Roger Casement reportó y publicó durante los primeros decenios del siglo XX y que posteriormente Mario Vargas Llosa recrearía en *El sueño del celta* (2010), donde las mutilaciones, flagelaciones, el despiadado sometimiento al cepo, entre otros abusos que presenció el mismo irlandés en la selva, son hechos que evidencian la despiadada matanza de la *Peruvian Amazon Company*:

En el exterior las noticias del Putumayo producen más alarma de la que debieran y conmueven corazones que, como los de ciertas ligas británicas establecidas con propósitos de ternura social y bienandanza pública, no se conmoverían en lo más mínimo si de asuntos exclusivamente ingleses se tratara.

Sí; ahora ya puedo dar testimonio de que la del caucho del Putumayo y del Caquetá es una historia con olor de carroña humana; es innegable la crueldad que el caucho ha desatado sobre las colonias aborí-

genes, más de indefensas, inferiores, con perdón de Gil Romero, inferiores, desde luego, que así se comportan ante el blanco, con menos dignidad que los perros azotados. Sólo su condición selvática, tan próxima a la animalidad y en todo sentido tan primitiva, podría explicar la arrastrada conducta de gusanos que casi todos los indios observan. A mí, Pascual Chaves, me ha hervido la sangre mil veces cuando los he visto dejarse matar en medio de chillidos y lágrimas. (Montezuma, 1966, pp.67-68)

Por otra parte, el imperio cauchero no se limita al exterminio racial, sino también se extiende a una especie de supresión del cuerpo amazónico y su cultura. Por ejemplo, la práctica de la *tzantza* por parte de la cultura Shuar en la floresta amazónica es un acto que simboliza la conservación de la cabeza enemiga como amuleto o trofeo intimidante para las guerras, pero en el caso de *En el Paraíso del Diablo* la reducción de cabezas toma otra connotación cuando no es responsablemente utilizada por el hombre blanco; en este caso singular, Carlos Pappe, que supuestamente es civilizado, se lucra con la venta de las cabezas reducidas de los indígenas que mueren luego de las revueltas caucheras:

Es un reductor de cabezas de los indios que por algún motivo han tenido que morir, aunque no lo hayan hecho por su propia vo-

luntad... ¡Eh! ¿qué le parece? No me refiero al suicidio, sino a un acto especial que podía consistir en tenderse en el suelo, cerrar los ojos y morir... Pues bien: compra o recoge cabezas y las reduce, tal y como lo hacen diversas tribus de este inmenso mundo amazónico, quitándoles la calavera y sometiendo la piel y el cuero cabelludo a las mismas operaciones que los indios, para llenarlas por último término con trapos o piedras o pedazos de madera escogida para el caso. Y lo hace tan cuidadosamente como lo haría un escultor en la greda blanda. El humo de las tulpas le sirve para quitarles el mal olor y para que adquieran el color oscuro, achocolatado, que generalmente tienen. Y el gringo Pappé se está volviendo rico con ese negocio; vende las “Tzantzas” a precio de oro en La Chorrera o en Santa Julia a los extranjeros que de cuando en cuando se arriesgan hasta aquí, o las despacha a un corresponsal suyo en Manaus, con pingües utilidades. Y de allí salen los viajeros ingleses o norteamericanos con una o más cabezas de indio para obsequiar a sus esposas como un excitante recuerdo de sus experiencias en las selvas de la América del Sur (Montezuma, 1966, p.71).

El gringo Pappé, que logra adquirir hasta seis libras esterlinas por cada cabeza reducida, de alguna manera

su rol representa el desprendimiento amazónico de la nación, porque esta serie de atrocidades hacen parte de un proyecto de construcción de nación uniforme, la misma que pretende fundar la empresa de César Arana que no tiene otro fin que la de exterminar a los aborígenes en busca de fundar su imperio cauchero. Sin duda, el caucho es de mayor utilidad para él que los propios indígenas: “algún día habrá que arrasar la selva Pascual Chaves, no sólo para aprovechar las gomas y las maderas, sino para darles a los blancos territorios nuevos donde fundar ciudades y vivir como la gente decente” (Montezuma, 1966, p.73).

Por todo lo dicho, las masacres no podían continuar; para Pascual Chaves era absurdo que los indígenas se dejaran matar sin intentar defenderse, por tanto, la novela de Montezuma produce mayor peso enunciativo, pues el protagonista aconseja a los huitotos que robaran las armas de los capataces y las utilicen en su contra, es decir, que les den una dosis de su propia medicina. De igual forma, las inconformidades no solo provenían de los aborígenes, también algunos capataces de Arana estaban saciados de dichas brutalidades, por tanto, la utopía por construir una nación más digna es posible en esta región y surge con la iniciativa del personaje Jacobo Isaac Barchilón Torel, quien en un lenguaje confuso y entremezclado, colige:

—Lo que va a oír na suite, mío caro

Pascual Chaves, es bien estudiado y se afirma sobre largas meditaciones y experiencias. Usted, signor pibe y yo konocemos el Putumayo, el pie del Caquetá y la parte amazónica que va hasta Iquitos al dedillo, como se dice, y ninguno de los tres pudiera asegurar que ignora la qualitá de tutte. I' habitante. Mala qualitá, desde primer momento. Ma ni el Perú, ni el Brasil, ni el Ecuador, ni la Colombia saben hoy día kual es el ligamento verdadero de las respectivas fronteras; la región puede medir poco menos de duecentos kilómetros, grande territorio, área grandísima para creare un país independiente, e as fronteras están tan confundidas que nao se puede establecer con claridá nesa terra de nadie. Pero sí podríamos nosotros pararle con tuttos blancos de la Peruvian e con otros para demostrares cómo surgen las nazioni, con territorios, con homens de duros testículos y con leyes para todos. Ni la Colombia ni nadie fuera de nosotros manda netas selvas; si alguien madara sería el Perú, que las viola y explota; ma nosotros podíamos ansí reivindicarse la terra que trabajamos, terra nostra, pues que resume la sangre e nostro sudore. Sobre las dimenzione desta terra podríamos creare un nuovo país, organizarse una república, la república del amazonas, con primeras rentas sobre las exportaciones de la goma, despois sobre las madeiras,

despois las rentas provenientes das aduanas e más despois todavía las imposisaos comunes os países cultos del globo. (Montezuma, 1966, pp.180-181)

El anterior fragmento demuestra una evidente tensión en la Amazonía respecto a las atrocidades producidas en la ambición por conseguir caucho. Es preciso también que Barchilón pretende formar una nueva nación donde no existan fronteras entre países, sino un solo territorio amazónico donde exista la posibilidad de la democracia, donde la tierra sea libre y donde reine la justicia, por eso, aunque muchos consideren que es un proyecto apócrifo, este personaje interpela el imperio del latex al expresar: ¡Ah, cuánta gana tengo de gritar viva la república del Amazonas! ¡Abajo la esclavitud! ¡Abajo don Julio Arana! (Montezuma, 1966, p.183).

En síntesis, la novela de Montezuma es una alternativa más dentro la novelística colombiana porque permite repensar la nación homogénea que se intentaba construir en aquella época, pues si bien los indígenas huitotos fueron estigmatizados como minorías, el autor de *El Paraíso del Diablo* irrumpe con la historicidad para desmontar la nacionalidad devastadora a través de la rebelión indígena, aquel que exige su derecho a la vida y su legitimidad. Es también una novela que narra la nación, en el sentido en que contempla “un grupo de historias,

imágenes, paisajes, escenarios, eventos históricos, símbolos nacionales y rituales que significan o *representan* las experiencias compartidas, las penas, los triunfos y los desastres que dan significado a la nación” (Hall, 2013, p.392). Si bien la explotación del caucho fue una de las causas que cambió la historia cultural de la Amazonía, esta problemática se representó en la literatura y se convirtió en un recurso de resistencia ante la invasión y el “discurso civilizador apoyado por los gobiernos, quienes llevaban adelante la colonización bajo el argumento del Estado-nación” (Pizarro, 2005, p.69).

La pérdida de la soberanía y la nación utópica

La alternativa de nación expuesta por el colombiano Germán Castro Caycedo en su novela *Perdido en el Amazonas* (1978), determina un poderío metafórico no explorado en el campo crítico de la novela en Colombia. Si nos detenemos en su marco narrativo, encontramos que el personaje que entra a la agreste selva para buscar a su hermano extraviado, se encuentra con la sorpresa de que fue raptado por un grupo indígena cuasineolítico, es decir, que no había tenido ningún contacto con la civilización y sus tradiciones ancestrales se mantenían incólumes. En esta obra se puede interpretar que la jungla colombiana, al igual que la Amazonia en general, es un mundo que tiene mucho por descu-

brir, un espacio donde albergan culturas meramente autóctonas, en el sentido de que sus tradiciones no poseen aculturaciones sociales diferentes a su cosmovisión y que sus prácticas aborígenes se mantienen vivas en la palabra ancestral lejos del régimen evangelizador. En este orden de ideas, la novela de Castro denuncia el carácter burocrático occidental que despoja a los nativos de la nación que mantienen su idolatría por la madre natura.

Pues bien, la obra de German Castro a pesar de que posee un corte periodístico y de reportaje, sin duda se puede leer como una –novela testimonial– porque en su carácter ético y estético representa cómo la nación olvida la selva como parte de su territorio y cómo esta a su vez puede construir su propia soberanía, donde la ambición por gobernar dicho espacio y sus habitantes nativos rebosan el borde de la alucinación. Además, *Perdido en el Amazonas* presenta una carta de civilización en el momento en que la selva, para pertenecer a la nación, debe pasar por la elaboración de un adecuado modo de hablar (lengua española) y un adoctrinamiento espiritual (religión católica).

De alguna manera Germán Castro en su novela presenta las voces nativas que han sido excluidas de la nación y las reivindica en el punto en que, con sus tradiciones atávicas, desconciertan e interrumpen el proyecto de Estado, donde lo periférico regresa para

reescribir la historia nacional y otorgarle visibilidad y proyección amazónica. Por tal motivo, el aspecto clave que interesa trabajar en la presente novela, es percibir dicho eco narrativo, que visto desde el sincretismo, interpela la esfera terrestre, cada vez mayor en sujetos y signos culturales; por ello Homi Bhabha es quien va a decir que “en la producción de la nación como narración existe una escisión entre la temporalidad continuista y acumulativa de lo pedagógico, y la estrategia repetitiva y recurrente de lo performativo. Es a través de este proceso de escisión que la ambivalencia conceptual de la sociedad moderna se convierte en un lugar de escritura de la nación” (2010, p.392).

Es interesante encontrar en este escritor colombiano cómo supone una narración de nación que parte del espacio amazónico, consolidando en su novela una alternativa de sentir emotivamente al país más diverso. Como escritor enuncia una nación pluricultural, por tanto, no hay que olvidar que escribe desde un lugar periodístico, en el cual no se puede desconocer la posibilidad de unir texto y contexto para pasar a un segundo nivel de análisis que es la historia nacional y su relación con la Amazonia.

Pues bien, Julián Gil es el protagonista de *Perdido en el Amazonas*, un marinero que fue trasladado por su indisciplina militar en lo más recóndito de la Amazonia colombiana, quien

además, se obsesionó con la idea de conquistarla y fundar su propia nación selvática, aglutinando a los nativos a sus servicios mercantilistas. Este personaje que se convirtió en el mejor ‘Rumbero’ (persona con gran habilidad para orientarse en la mani-gua) de la región amazónica, decidió pedir la baja en la Armada Nacional, puesto que quería ser independiente y ejercer en la selva su propio proyecto colonizador, tal y como lo realizó el resto del Estado colombiano en esta zona:

En la Amazonía las tierras no tienen precio como en los valles y montañas del occidente del país; en cambio los brazos sí. Se trata de una lucha en la que no hay alternativa diferente a adueñarse de la fuerza de trabajo a como dé lugar, o a bajar la cabeza y entregarse a producir riqueza para un patrón. Esta ha sido la ley desde el siglo pasado, cuando comenzaron a entrar a estas inmensas selvas los mestizos del interior. Lo hicieron los grandes caucheros peruanos, colombianos y brasileños. Lo hizo también mi general Rafael Reyes, presidente de la República, tratante de los indios y esclavista en el sur. (Castro, 1986, p.45)

Con lo anterior se puede ver cómo se invadió la Amazonia a toda costa por parte de la soberanía colombiana, además, a través del personaje principal se muestra la ambición capita-

lista de aquellos que buscan alcanzar su propio imperio selvático. Primero se inició como comerciante en la floresta:

Eran principalmente telas, pues nos dijo, se trataba de unas mercancías ideales para intercambiar con los indígenas y colonos de la selva. Estaba muy animado y tenía planes grandes. Soñaba con poder, con la fundación de un gran poblado, con descubrir tribus de indios desconocidos para convertirse en su dios. [...] Para Julián la verdadera independencia sólo existía en la selva. Allí tenía todo un mundo para andar, sin que nadie le preguntara que en un territorio de más de medio millón de kilómetros cuadrados, como es la Amazonia colombiana, el hombre debía ser diferente, libre. “La Amazonia colombiana”, repetía, “tiene la misma extensión de España, es más grande que el Japón y diez veces mayor que Holanda. Entonces no hay ninguna preocupación”. (Castro, 1986, p.46)

El propósito colonizador de Julián Gil tendrá la misma misión que los demás foráneos que han entrado a la selva para conquistarla, pues si bien comerciaba con diferentes utensilios para intercambiarlos por caucho, pieles de jaguar y demás animales exóticos, este obraba con mala intención y hacía endeudar a los nativos para que trabajaran para él como pago a

una deuda interminable. Asimismo, construyó su propia casa en La Pradera como símbolo de poder en la selva:

A lo largo de los ríos consiguió decenas de indios para que derribaran selva y abrieran campos de labranza y extensos pastizales. Era una empresa grande. Los primeros pasos fueron dados con base en endeudar indios con la mercancía que tenía entre su canoa. El endeude consiste en darles por adelantado telas, linternas, artículos raros para ellos. A cambio se les exige que paguen con trabajo. (Castro, 1986, p.47)

[...] Julián terminó la construcción de su casa e inició la de varias casitas alrededor. Quería formar allí mismo un pueblo indígena y comenzó trazando calles y dejando un espacio para un parque. (pp.85-86)

El anterior proyecto de nación que pretendió fundar el protagonista, se convirtió en utopía, pues no supo medir los límites de su ambición junto con los peligros de la selva. En primer lugar intentó edificar su propio poblado, sin embargo, el ideal de Julián rebasó las ambiciones capitalistas y se propuso arrasar 200 km de selva para construir un camino que le permita esquivar el terreno comercial de los brasileños y así tener su propio camino del lado colombiano. Aunque su hermano Efraín le advirtió en va-

rias ocasiones que su propósito sería un gasto improductivo de energía, incluso peligroso, puesto que ningún hombre blanco ha logrado entrar por temor a encontrarse con los Yurí (tribu caníbal), pero la advertencia no fue suficiente para detener su ideal.

No obstante lo anterior, tan solo dos años trascurrieron y Julián con la ayuda de cincuenta indígenas logró derribar 90 km de manigua. Su labor continuó hasta que inesperadamente desapareció entre las marañas. Efraín conjuntamente con cuarenta hombres, entre indígenas que hablaban diferentes lenguas y militares para garantizar seguridad, organizaron un bloque de búsqueda para encontrar a Julián. Siguiendo el camino que el exmarino había surcado, los acompañantes de Efraín caminaron varios kilómetros angustiados, pues el agreste y pantanoso camino generaba la sensación de que en cualquier momento los engulliría. Luego de varios días lograron llegar hasta una maloca, la cual indicaba que dicha zona era un territorio indígena sagrado donde se realizaban ritos desde épocas remotas. Es aquí donde el ideal de Julián culmina, pues “nadie puede atestiguar si a Gil lo asesinaron esos indios, si se lo comieron o si por el contrario lo mantienen cautivo como presa de combate” (Castro, 1986, p.253).

Otro de los aspectos clave que se pueden encontrar en la novela de Germán Castro y que interpela la nación, es el

tema de la evangelización como un producto más del Estado para avasallar los cuerpos amazónicos:

El internado, siempre tan lejano de nosotros, queda en una colina, río de por medio. Allí estudian cantos, oraciones, rezos, lectura y escritura los hijos de los indígenas que los misioneros traen a la fuerza de las malocas, así los padres de familia no lo deseen o intenten oponerse. Si en la Amazonia colombiana se hiciera una investigación penal ateniéndose a lo que dicen nuestras leyes respecto al rapto, estos buenos curitas serían condenados a muchos siglos de prisión. Pero ellos son los que mandan en nuestros territorios, igual que los evangelizadores gringos que aparecen por decenas y que han logrado meterse y vivir también de la explotación del indio, bajo amenaza de mandarlos al infierno si no se porta bien. Hoy, en todas las zonas de la selva y los Llanos Orientales, los indios son víctimas de los nuevos dueños que pelean como perros y gatos por tener el mayor número de hombres bajo su religión. (Castro, 1986, p.144)

Hacia el final de la novela, la familia nativa fue aprisionada y despachada a La Pradera, donde fueron objeto de atracción y espectáculo, donde además “los indígenas entraron en un preocupante estado de angustia y postración: no comían y llegó un día

en que –ante el asedio de los curiosos que se burlaban de ellos y la vigilancia de los soldados con sus fusiles listos para disparar– los indígenas hicieron varios intentos de ahorcarse poniéndose cables al pescuezo” (Castro, 1986, p.235). El haber sacado de su sitio sagrado a los nativos representa un signo de deterioro sobre el valor que tiene la vida del indígena. “El Ministerio de Gobierno había dicho que los problemas del país eran muy grandes para pensar en unos salvajes que se estaban comiendo la gente blanca” (Castro, 1986, p.237); aunque a la soberanía nacional de la época no le importó este cruel suceso, es un aspecto bastante sugerente en la novela de Castro, porque permite reflexionar que la selva posee sus propios principios humanos, de los cuales, no se puede despojar a sus habitantes porque se está profanando sus vestigios ancestrales.

Así mismo, la iglesia no se contuvo en exotizar a esta familia de nativos, por ejemplo, “las monjitas insistían en vestir a la mujer: cuando la veían desnuda se echaban tres hasta cuatro cruces y la tapaban” (Castro, 1986, p.241). Incluso se dispusieron en preparar una comisión para invadir el territorio sagrado y lograr la evangelización con el resto de integrantes que se resguardaban en la maloca sagrada: “sucede que monseñor Canyes se proponía organizar una expedición de misioneros para conquistar a los salvajes y reducirlos lo más rápido

posible a la religión católica, único camino de salvación” (Castro, 1986, p.242); además opinaba el fray Juan: “la ocasión es demasiado buena y se debe utilizar como un ejemplo que permita emplear métodos misioneros y sacar así a estos desdichados de su vida salvaje. Hay que llevarlos al seno de la civilización cristiana y la iglesia es la única que tiene la verdad; sin violar la libertad humana, debemos hacer todo lo posible por acelerar la evolución de todos nuestros indígenas” (Castro, 1986, p.244).

Por lo anterior, en *Perdido en el Amazonas* podemos ver una cultura amazónica emergente, la cual, permite ver cómo la nación se quebranta en el momento en que se descubre en el fondo de la selva una tribu incivilizada que irrumpe con el paradigma corporal, político e ideológico de la nacionalidad. Asimismo, se observa a través de un personaje cómo la soberanía se pierde en la búsqueda de la independencia y la fundación de un propio régimen de poder; así este parezca utópico, es un proyecto selvático de gran envergadura que muchas masas colonizadoras han querido alcanzar durante más de cinco siglos. Sin embargo, siempre ha existido una voz latente representada en la narración que “reivindica sus derechos sobre la comunidad nacional, surge una voz inmediata y subalterna del pueblo, un discurso minoritario que habla entre los tiempos y los lugares” (Bhabha, 2010, p.407).

A manera de conclusión

Es importante recordar que el espacio amazónico ha sido excluido dentro de los proyectos estatales, y las presentes novelas amazónicas se han convertido en un recurso clave para narrar el aporte cultural de la selva hacia la construcción de nación, quebrantando la “estructura del discurso y la representación que intenta expulsar simbólicamente al otro –lo borra, lo coloca allá en el Tercer Mundo, en el margen–” (Hall, 2013, p.352). Si la selva es un lugar de enunciación, también es un cuerpo de posición étnica que determina una identidad emergente dentro de la diversidad social; por ello, las alternativas amazónicas a través de su narrativa, también proponen un acto de recuperación cultural.

Así, no se puede prescindir el lugar desde donde hablan los novelistas, puesto que “no hay enunciación sin posicionalidad” (Hall, 2013, p.355). Por tal motivo, las presentes novelas actúan como proyectos de enunciación que pueden darle mayor fisonomía cultural a la Amazonia colombiana, también son novelas por las cuales, los orígenes de las tradiciones nacionales nacen desde el conocimiento selvático, enunciando diversas problemáticas de repudio, desprendimiento, impugnación, exclusión y reducción cultural. Además, actúan en una función de historia nacional, como contradicción de la homogenización social, en términos de Homi

Bhabha (2010) son “las contranarrativas de la nación, que continuamente evocan y borran sus fronteras totalizadoras –tanto reales como conceptuales–” (p.396).

Referencias bibliográficas

Bhabha, H. (2010). *Nación y narración*. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

Castro, G. (1978). *Perdido en el Amazonas*. Bogotá: Círculo de Lectores.

Hall, S. (2013). *Sin garantías: trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Quito: Corporación Editora Nacional.

Montezuma, A. (1966). *El paraíso del Diablo*. Madrid: Cultura Clásica Moderna.

Pizarro, A. (2005). “Imaginario y discurso: la Amazonía”. En *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*, XXXI(61), 59-74.

Pizarro, A. (2009). *Amazonía: El río tiene voces*. Chile: Fondo de Cultura Económica.